

IDA Y VUELTA

SEUDÓNIMO: CIEN

Lo malo de ir contracorriente es que todo el mundo me mira como si se me hubiera aflojado un tornillo. Y la verdad, al principio parecía de lo más incómodo tener que explicar que mi sentido de la orientación es pésimo, que no sé muy bien si voy o vengo y que realmente me da igual si estoy en el Camino Primitivo o en el Francés, si sería más corto empalmar con el camino Portugués o si llevo varias jornadas desandando mis pasos porque en algún punto, algo se me descolocó en la cabeza, y tengo que regresar al punto exacto dónde sentí esa sensación tan acuciante de parar el tiempo durante una eternidad, como hace siglos hizo San Virila en el Monasterio de Leyre al demorarse un segundo escuchando el trino de un pájaro, cuando en realidad habían transcurrido cien años.

He pasado cuatro décadas corriendo de un lado para otro, sin apenas tiempo para mí. Dedicándome en cuerpo y alma a los demás, trabajando durante interminables jornadas que nunca llegaban a su fin, cuidando a mi padre, a los padres de mis amigos, a los amigos, a los pacientes y hasta a los vecinos y desconocidos que en ocasiones estaban menos solos que yo pero precisaban un poco de cariño. Hasta que por una de esas bromas del destino, he dejado de ser imprescindible y como San Preciso que se murió, a mí me ha sobrevenido la muerte súbita al quedar en paro en una edad terrible en la que soy muy viejo para muchas cosas y demasiado joven para jubilarme. Por primera vez tengo tiempo por delante. No sé cuanto. Lo único cierto es que puedo olvidarme del reloj y que no tengo prisa por llegar a ninguna parte.

Mientras estuve en activo (que raro me suena ahora) apenas podía disfrutar de unos pocos días de vacaciones sueltos, uno aquí, otro allá, y lo ponía como excusa para no cubrir siquiera los cien kilómetros mínimos para obtener la Compostela. La procrastinación de la que tanto se habla ahora. Lo de posponer para más adelante. Podría decir que he estado tanto tiempo encerrado entre cuatro paredes que hasta me molesta la luz del sol, la suave brisa sobre la cara, el agua de lluvia y el peso de la mochila sobre mis espaldas. Pero sigo teniendo la mente igual

de analítica y antes de salir se me ha ocurrido hacer una pequeña labor de campo. Si fuera por el camino más largo saliendo desde el Somport, para cubrir los casi mil kilómetros de distancia necesitaría más de cincuenta días porque no tengo ganas de destrozarme los pies, sino de saborear el camino muy despacio. El doble si vuelvo por el mismo sitio. Y cuatro o cinco veces más si me entretengo por el camino. Mi intención no es llegar a Santiago y ya, sino regresar de nuevo hasta los orígenes. Una ida y vuelta, como se hacía antes. Porque lo que me pase desapercibido al ir, lo retomaré con otro ánimo cuando vaya regresando con la piel curtida, menos arañazos en el alma y algo más de paz que la que tengo ahora. He leído que hay peregrinos repetidores y que el récord está en haber hecho el camino más de cien veces. A mí no me van las prisas, ni pretendo quemar etapas a lo loco, ni llegar hasta la extenuación, porque sé que mis fuerzas están muy justas, sobre todo porque no me acompaña el ánimo con esta maldita tristeza permanente.

Parar así de golpe me ha descolocado. Se me había olvidado que hay vida y no sé muy bien como encajar las piezas. Me refiero a que si me hubiera quedado en casa, se me habría caído en techo encima literalmente o peor aún, la desesperación me habría llevado a salir por la ventana.

Los primeros días estoy tan sumergido en mi mundo que apenas me doy cuenta de lo que hago. Así ha sido siempre mi vida. Parezco un robot programado para ir completando las tareas rutinarias. Sé que no tengo que dar explicaciones a nadie porque viajo solo. Y el puñado de amigos que dejo en la capital no tienen tiempo para preguntar por dónde ando, si necesito algo, si me estoy arrepintiendo y me vendría bien que me vinieran a buscar con un coche. No son de los que se paran a escuchar y si lo hicieran, me sorprendería. Estas cosas se me ocurren a mí, no a ellos. Yo soy el pringado, el tonto, el que se desvive en un mundo que funciona al revés.

Ni siquiera me he colgado la vieira en la mochila porque no me siento todavía como un peregrino, sino como un intruso. He aterrizado en el camino de una forma tan precipitada que no me gustaría que me etiquetaran sin saber. Tengo vacaciones indefinidas porque así lo ha decidido el mundo y mientras pienso qué hago con mi vida, he venido a caminar. Cubro etapas. Rezo en las Iglesias. Me lavo en los arroyos

como si recreara el bautismo. Y voy expiando mi culpa, porque algo de culpa llevamos todos con el paso de los años. Me gustaría ir soltando lastre, saber que existe el perdón. Sentir la renovación del alma.

No sé si los demás ven las flores que hay en una ladera. Yo sí. Lo había anotado antes de salir porque hace tres años salió en la prensa lo del peregrino que había fallecido a causa de un infarto, igual que mi padre y por las mismas fechas. Me había prometido parar para rezarle un Padrenuestro y colocarle unas flores nuevas por si los suyos no podían venir por Todos los Santos. Unos nacen y otros mueren y a mí se me ha muerto ya demasiada gente querida. Lo pienso en ese tramo que he desandado varias veces , hasta que cure mis propias heridas y mi dolor, porque no puedo hacerme a la idea de que mi padre no estará esperándome cuando regrese. Lo lloro y lo echo de menos en tierra de nadie, en un camino desconocido.

Unos jóvenes me miran sorprendidos. Preguntan si estoy bien. Si sé orientarme. Me indican que para ir a Santiago he de ir en dirección contraria. Que si quiero un mapa. Que más allá hay un albergue. Que llevan calcetines de repuesto y tobilleras por si me hubiera hecho un esguince. Mientras retrocedo, siento sus miradas clavadas durante varios minutos sobre mi nuca, como si pudieran trepanar mi cerebro y fuera a escaparse de él todas mis miserias. Me entran sofocos y taquicardias hasta que logro acompasar un poco la respiración y me calmo. Me dicen adiós creyéndome un temporero que intenta llegar a Francia para trabajar en la vendimia y es simple casualidad que camine por el Camino de Santiago para atravesar el Somport por los Pirineos. Cómo decirles que vuelvo precisamente para encontrarme con esos momentos únicos. Que necesito abrirme en canal y aclararme en el río como si fuera una sábana sucia. Tender la depresión entre un par de cuerdas al sol y cuando acaba el día, cerrar los ojos para olvidar. Me gustaría despertar por la mañana siendo otra persona. Mejor persona. Sin esa sensación de culpa.

En el camino no puedo estar completamente solo. En cualquier momento aparece un peregrino y hasta los extranjeros que no saben como decir hola y adiós, se las apañan para saludar con ese lenguaje universal de una sonrisa, un gesto de ternura y hasta un apartarse para cederme el paso. Es por eso que he vuelto al

camino Primitivo que suele estar menos transitado, aunque es cierto que me exige ir más despacio. Los siete puertos que hay entre Oviedo y Lugo me dan mucho que pensar. Cuando paso por Grandas de Salime o por Tineo voy saludando a los ganaderos que están trabajando en sus explotaciones. Debo parecerles de otro planeta porque les doy las gracias por la leche que bebo cada mañana. Ningún desconocido les ha debido de decir nunca nada igual, pero para mí el camino a Santiago son muchas cosas, incluso esos pequeños gestos de agradecimiento por algo que pasa desapercibido.

No me atrevo a parar en los albergues pero me acerco a las misas de peregrinos porque tienen algo que no sabría explicar. Esas liturgias son capaces de resucitar a los muertos y yo, ando más muerto que vivo. Durante la homilia soy consciente de la enorme suerte que tengo y me lamento por mi inconformismo. Le pido a Dios que perdone mi soberbia.

Para cuando llego a Astorga por el camino Francés (me interesa mucho el punto de encrucijada que une con la Vía de la Plata), debo ser leyenda. Los peregrinos hablan de un loco que va y viene, torna y regresa de un camino a otro como si no quisiera llegar nunca a Santiago y no sella la Compostela en ningún sitio. Conjeturan y aciertan. No quiero llegar a Santiago todavía. No hasta que resuelva el acertijo del camino que he de tomar y si las flechas me llevaran por la senda correcta.

Ralentizo el tiempo aunque inevitablemente se me va escurriendo de las manos. Me permite ir poniendo en orden la cabeza. Saboreo pequeños instantes porque soy consciente de que me queda mucho menos por vivir que lo que ya he vivido. Y pienso en ese refrán de no dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy, no vaya a ser que a Dios se le ocurra privarme de la capacidad de andar, algo que he visto durante las cuatro décadas de trabajo casi a diario. El capricho de la salud y la enfermedad porque así es la vida. En un segundo creemos que podemos comernos el mundo y al siguiente, la vida se nos vuelve del revés.

A los críos les hace gracia verme allí sentado en un mojón de la carretera varias mañanas seguidas, pero algo tiene Foncebadón que me impide marchar hacia Ponferrada, como si me hubiera hechizado y las meigas danzaran a mi alrededor

para que no abandonara el pueblo. Los chiquillos guardan sus teléfonos móviles y vienen a curiosear. Quieren saber si soy el hombre del saco, si llevo en la mochila alguna mascota pequeña, si sé imitar a los gallos como el de Santo Domingo de la Calzada y si estoy muerto o vivo porque sus padres no lo tienen muy claro.

Después me preguntan si formo parte del grupo de enfermos de corazón y si también a mí me ha dado un infarto porque ha venido un autobús entero y caminan tan despacio como yo. Me quedo en silencio porque la inocencia de esos niños provoca un nudo en mi garganta. Y aunque intento no llorar, las lágrimas resbalan por mis mejillas. En realidad no sé muy bien por qué lloro. Si por la vida que se me ha escapado de las manos. Si porque socialmente soy un desastre y empiezo a ser consciente de la enorme soledad que rodea mi vida. Si porque poco a poco me he ido contagiando del espíritu del camino y ya empiezo a estar en disposición de hacer las etapas de verdad. Si lloro por todos los que me han precedido igual de acongojados e indecisos. Si no será que el mismísimo Santiago está dibujando un camino en las estrellas para que no me pierda nunca. Si me estoy muriendo para volver a renacer.

Sé que me queda todavía muchas jornadas para llegar a Santiago de Compostela, las suficientes para terminar de poner en paz mi alma. Ahora hasta podría ser hospitalero voluntario. He aprendido a escucharme y puedo acompañar a los peregrinos que andan tan perdidos como yo cuando empecé la primera etapa.

Voy y vengo varias veces todavía. Me demoro en el Monte do Gozo hasta encontrar el momento exacto para atravesar el Pórtico de la Gloria.

Cuando sello la primera credencial estoy seguro de que he recibido mucho más de lo que he dado. El camino empezó en la puerta de casa y a ella regresaré con la absoluta certeza de poder mirar hacia adelante porque todos los Caminos conducen a Santiago de Compostela y al corazón de uno mismo.